

LA TARDE DE LORCA

VIJOS FUNDADO EN ENERO DE 1909
DIRECTOR: J. LÓPEZ BARRÉS

AÑO XVIII | Redacción: Avenida de la Estación, Letra D. Bajo | Martes 27 Abril 1926 | Teléfono núm. 90 | Núm. 4.628

TEMAS LOCALES LA CIUDAD DEL SOL

ISOÑEMOS, ALMA; SOÑEMOS!

III

Sentado en uno de aquellos bancos del Paseo de la Avenida, contemplando la agradable perspectiva que ofrecía tan ameno sitio, me explicaba la construcción de aquellos para mí, nuevos edificios, de fachadas tan bonitas y de elegante sencillez.

—Estos edificios—pregunté a Hache, fueron construidos antes de la reforma del Paseo, o después?

—Sí; después de hacer la reforma.

—Naturalmente—dije yo.

—¿Porque lo encuentras natural?

—Te diré. El urbanizar y hermostrar este sitio, ha excitado el deseo en los propietarios colindantes del mismo, de hacer estos edificios, pensando cuerda y juiciosamente, que la reforma de esta vía pública, avaloraba la propiedad urbana.

—Pues observa que no hay un piso desocupado en ninguna de estas casas; en tanto que en el interior de la población abundan los cuartos desahucados.

—Lo cual es lógico. Aunque no tan rápidamente como fuera de desear, el valor y la importancia de la higiene tanto pública como privada, van siendo cada día más conocidos y apreciados y uniendo a esto el deseo instintivo que toda persona tiene de vivir lo más cómodamente posible, lógico es que prefieran casas nuevas bien ventiladas y soleadas, en calles, plazas o paseos, anchurosos, limpios y bien urbanizados, a casitas o casonas viejas, destartaladas y sombrías, enclavadas en calles estrechas, sucias, de aceras imposibles por sus altibajos, huecos y desportillos y por sus arroyos enquistados. Las clases directoras de nuestra antigua Ciudad, vivieron muchos años desposadas con el egoísmo y la particular conveniencia, repudiando el sentido común y el sentido moral, por lo cual les importó poco cuanto a la urbanización, ornato, higiene y costumbres, se refería, y claro; la Ciudad del Sol, fué la ciudad del polvo, de la suciedad, de las calles estrechas y sombrías, de las pésimas costumbres públicas, del alumbrado escaso, de las rinconadas convertidas en focos de infección... En una palabra, más que Ciudad, era un lugarón, en el que pugnaban por entrar los destellos de la vida moderna, impidiéndolos a todo trance la rutina, la ignorancia, los persona-

lismos y el egoísmo, siempre torpe y mal consejero.

—Y a propósito de lo que acabas de decir, de rinconadas convertidas en focos de infección. ¿No tienes idea de la lucha que aquí hubo para alinear esta calle. ¿Recuerdas aquella taberna que había en la esquina, dando a la alameda y a este paseo? Pues estando fuera de la línea de estos edificios, había quien pretendía que se respetara ese saliente, con lo cual se daba lugar a la existencia de otro rincón; se estropeaba la perspectiva del paseo, se perjudicaban los demás edificios con esa deformación de la recta y por ende se impedía que la acera de ese lado arrancara en la misma alameda. ¡Un horror! Y todo, por respetar un pequeño trozo de terreno sin importancia. Afortunadamente se impuso el buen sentido, que decía a voces:—¡Caballeros, por Dios! Comprendan ustedes, que, censurando, como estamos, a día rto, a nuestros antepasados, por que sin cuidarse para nada del ornato público, dejaron edificar a todo el mundo a su capricho, debido a lo cual tenemos calles ormandas como el andar de un borracho y otras, como la Corredera, llena de curvas más o menos prolongadas; nosotros, los que por no carecer de sentido común, somos censurados, vamos a intentar en lo que tanto hemos censurado. O aspiramos a hacer reformas dignas de una Ciudad dentro de los medios de que disponemos, o sigamos las huellas de nuestros abuelos, dejando que nuestro pueblo sea el eterno lugarón, si cada día con más habitantes, siempre sin ornato, sin urbanización alguna y sin higiene pública.—Así habló el buen sentido, y derribado el trozo de taberna y alineada debidamente la calle.

—Me parece muy bien, y celebro que la lógica, tanto tiempo ausente, dé muestra de su presencia entre nosotros.

Claro es que ese buen sentido que tan elocuentemente hablaba, no podía pedir que se alineara la Corredera, o que a la calle de Reboloso se le diera doble anchura de la que tiene, pongo por caso, por que entonces hubiera dejado de ser «buen sentido». Su petición era justa, razonable, lógica y perfectamente hacendera. ¿Es que se puede llamar sacrificio la indemnización de ese pedacito de terreno? Pensado así, sosteniendo criterio tal, era preferible dejar quieto el lugarón con sus ochenta mil habitantes, y

CENTRO POLITECNICO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Director D. Santiago Payá Pérez

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA Y DERECHO CANÓNICO
Primera y Segunda enseñanza, preparación de carreras especiales, universitarias y magisterio.

CLASES NOCTURNAS
de las materias anteriores y Francés, Dibujo y Partida Doble

HORAS DE 7 A 9
PLAZA DE SANTIAGO 8
TELÉFONO N.º 53

renunciar al título de Ciudad.

Y alzándonos del banco tomamos en dirección de la calle del General Espartero.

JUAN DEL PUEBLO

PARA LA TARDE

Un rato de amena charla

La pureza blanquísima de un nuevo edificio con toda clase de comodidades y un gran rótulo en el que se lee LA TARDE DE LORCA.

Una señora de rostro altamente simpático nos abre la puerta y nos invita a descansar; le entregamos nuestra tarjeta y esperamos unos segundos.

La habitación que ocupamos coquetamente arreglada y poniendo en toda ella la grata pincelada de más delicadas manos femeninas.

En un ángulo, amplio sofá y haciendo «pendant» cómodas butacas desde donde contemplamos una acabada oleografía del Sr. López Barrés, director de LA TARDE.

En el centro de la estancia suntuosa mesa ministro abarrotada de libros, revistas y periódicos; entre estos toda la prensa cartagenera diaria y la nuestra quincenal «Cartagena Ilustrada»; en las paredes algunas pinturas y rostros de encantadoras mujeres de la tierra.

Hay unos momentos de quietud y de entre unos cortinajes aparece la figura del Sr. Barrés. De mediana estatura, completamente rasurado y tocado de norteaño boina, nos causa una agradable impresión.

Se cruzan los saludos de rúbrica, y me pide una impresión de mi breve estancia en la tierra del Sol.

—¿Qué le ha parecido esto?

—Ante todo, distinguido colega, pueden ustedes estar orgullosos de su vejez; es rica, sobradamente caudalosa para los habitantes con que cuenta, porque esto produce para más de ochenta mil habitantes, pues si mal no recuerdo posee Lorcama de sesenta kilómetros de terreno fértil, agua, mucha agua, que es la encargada de fertilizar el campo es lo único que les podía producir el conflicto y según tengo entendido tienen los colonos una «mano bienhechora» que les soluciona esas extrañas crisis.

—¿...?

—¿Cómo dice Vd. querido Barrés? Son muchas sesenta pesetas por una hila de agua; yo creo que para evitar esos abusos está la corporación municipal. Precisamente una de las cosas buenas que hoy día tenemos en Cartagena es el Ayuntamiento; corta radicalmente aquellas empresas que son de dudosa mercantilización. Por lo demás, Lorca es una ciudad de ensueño; digando sino sus paseos, dignas alamedas, y sobre todo sus mujeres de bellezas inmaculadas, mujeres que poseen un don divino, encantadoras damitas que ofrecen espontáneamente la esencia de su delicado saber para ofendarnos en unos días de santa pasión.

—¿...?

—Si, forzosamente tienen ustedes eso en su contra,

mas hoy día los destinos de la nación está en buenas manos y seguramente la actividad del concejo de esta ciudad procurará porque Lorca con su próxima urbanización desierre lo que de primitiva tiene para ofrecer el encanto sugestivo de una mujer bonita.

—¿...?

—Soy oriundo de aquí por parte de madre por lo tanto no hago nada más que defender aquello que lleva sangre mía o yo de ella por mejor decir, y aunque no conocía esta tierra, al entrar hoy en ella he encontrado belleza, la sublime belleza del paisaje, aparte de otros detalles no menos interesantes; una de las cosas que más han robado mi atención son los escudos de rancio abolengo que poseen ustedes y algunos edificios de incontrastable valor, tal es la casa de los Rocafonils de inimitable estilo arquitectónico, la Catedral, que sobre ella se tiende una aureola de infinitas grandezas y remembranzas de pasadas épocas plagadas de misterios indescifrables...

✱

Hay una pausa.

La distinguida señora de nuestro compañero nos entrega un periódico de los que en aquellos momentos se están terminando.

Hicimos un cigarrillo, y mientras contemplamos las volutas caprichosas, de una Iglesia cercana las campanas hacen sonar la hora del Angelus, y Febo, como un obrero puntual nos abandona para darle elasticidad a los músculos de nuestros hermanos de allende los mares.

Nos levantamos y observamos como queriendo intervenir a nuestro colega hemos sido nosotros los entrevistados, mas apesar de todo esto, como ha sido una confesión nuestra brotada espontáneamente de lo que las pupilas han observado, las damos por bien empleadas...

Salimos a la alameda y ya en ella paseamos respirando a pleno pulmón y embriagándonos del dulce eu-